

Ignoro cuánto va a durar la demolición del muro de Berlín. Sin duda su destrucción será más larga que su construcción, aunque de momento, el estado de perplejidad causado por la decisión de las autoridades de la Alemania Democrática invita a una meditación que vaya más allá de

redivisión dictada por los vencedores y Europa está mal dividida, según un memorial de agravios que esperaban agazapados a que desapareciera la guerra fría. Parece que va a desaparecer. Pero esto no queda así. Esto se hincha.

La simple idea de una reunificación alemana pone los pelos de punta de Oriente y Occidente. No significaría la fusión entre una potencia industrial y una potencia subdesarrollada, sino entre dos potencias juntas y sumadas dotadas de una capacidad de intervención económica y política que replantearía el actual estatus europeo. El fantasma del expansionismo alemán se ha escapado del desván de la Historia y ulula sobre los cielos de Europa provocando un estrechamiento general. Y si no se va a esa reunificación, las fronteras abiertas significarán un río de emigrantes de la República Democrática hacia la Federal en busca de El Corte Inglés (es un

decir) y del crecimiento individual por encima del colectivo. Se ignora cuánta mano de obra alemana cualificada puede absorber la República Federal sin que se trastoque su mercado de trabajo, con el consiguiente surgimiento de conmociones sociales difíciles de preimaginar. A mí se me ocurre que en los cerebros urdidores de la "perestroika" se esboza una sonrisa dirigida a Occidente: "No sabéis lo que os espera".

El muro de Berlín



M. Vázquez Montalbán

la lógica alegría. Cuando ese muro ya no exista, Europa será otra cosa, estará llena de proyectos y aunque las circunstancias sean nuevas, está claro que un montón de cuestiones aplazadas dejarán de estarlo: la reunificación alemana el más determinante y, en su función, una reestructuración del mapa de la Europa resultante de las dos guerras mundiales de este siglo. A las guerras les sigue la

La tentación

del Este

El Este es muy apetitoso. Es un mercado virgen que convenientemente estimulado se convierte en nueva frontera del expansionismo capitalista. Pero no está vacío o poblado por tribus indias fácilmente reducibles a reservas de supervivencia. Este Este está lleno de mi-



llones de personas con ganas de vivir mejor, pero con ningunas ganas de pasar a una etapa colonizada y convertirse en una zona subalterna de un único sistema mundial capitalista. Allí vive gente preparadísima que aunque en su mayoría abominen de la dictadura del estado burocrático disfrazada de dictadura del proletariado, también han asimilado un discurso de igualación y justicia que una economía de mercado salvaje agrediría en su misma raíz. Veremos qué ocurre cuando una productividad a la occidental requiera un ejército de parados de proporciones dantescas en Polonia, la URSS, la misma Hungría, Bulgaria y, en el futuro, Rumanía. Y dejo aparte Checoslovaquia y Alemania porque son los países del Este con más equilibrado desarrollo productivo.

Hasta ahora el imperio ruso y su continuidad, el imperio soviético, han servido para todo: han justificado una política armamentista occidental muy lucrativa y han actuado como sistemas vertebradores de una zona del mundo, aunque fuera bajo el dictado de la coacción. En cuanto desaparezca ese corsé bipolarizador del universo ¿Cómo se justifican los presupuestos armamentistas? ¿Cómo se abordan las tensiones nacionales y étnicas hasta ahora cobijadas bajo la sombra del ejército de intervención del pacto de Varsovia o del Ejército Soviético? La nueva situación estimulará el proceso de creación de nuevas situaciones, pero también convertirá en arqueología toda filosofía occidentalista de bloque defensivo de los valores amenazados por la expansión comunista. ¿Eso les conviene a los señores **Bush, Kohl** o **Thatcher** (y no me refiero al marido de la **Thatcher**)?

Cuando el muro no exista

Cuando el muro no exista y desaparezcan las crucecitas de alambre que separan el Este y el Oeste, más de un jerarca occidental va a protestar por el in-

vento. Los actuales acontecimientos no sólo conmueven el mundo comunista, hacen lo mismo con el capitalista, edificado a la medida de su antagonista. Que nadie se extrañe si por otros procedimientos y con otros materiales, pasada la etapa de sorpresa y obligado jolgorio, **Bush, Kohl, la Thatcher** y todo lo que representan son sorprendidos tratando de reconstruir el muro, con nocturnidad y alevosía. ¿Alguien puede imaginarse una economía occidental sin industrias de guerra? ¿Van a reconvertirse las fábricas de armamento en factorías de armas para la caza del pato salvaje en los cotos marismenos españoles?

Por eso en las actuales e inmediatamente futuras circunstancias, es importantísimo que la izquierda occidental esté al quite y no deje que el proceso de rein-

“Como todo termine en una solchaguización del Universo, más de uno se va a dar de baja del género humano y va a tratar de conectar con los marcianos”

terpretación y redivisión del mundo quede en manos de poderes interesados en que algo cambie para que nada cambie. Asistimos a una verdadera revolución en ciernes, racionalizable, que puede ser incruenta y maravillosamente recreadora de un nuevo orden internacional. Cuanto antes las izquierdas occidentales abandonen una vieja manera de mirar y temer, antes podrán estar a la altura de un desafío que pasa por tender un puente de comprensión hacia las fuerzas más racionales de los países de socialismo real. Y no hay que pedir perdón a los proletarios del mundo por una revolución más o menos ful, porque se empieza pidiendo perdón a los proletarios del mundo y se acaba pidiendo perdón al capitalismo y sus tiburones e incluso preguntándoles cuánto se debe, cuánto se debe por todo cuanto el movimiento obrero les ha arrebatado desde que existe.

O esta cuestión se convierte en el elemento central de un nuevo análisis de acción de la izquierda o se entrega el futuro al cinismo fundamental del sistema que trata de ser canibalescamente unificador.

El que avisa no es traidor. Como todo termine en una solchaguización del Universo, más de uno se va a dar de baja del género humano y va a tratar de conectar con los marcianos a través de las emisoras de aficionados. Que vengan cuanto antes y se nos lleven hacia las estrellas. Hartos ya de exilios exteriores e interiores, cuanto antes en Marte mejor.



J. Sáez y J. Thatcher